

Acceso a los manuscritos de Jaime Bonet

Fuente de unos Ejercicios predicados a dirigentes VD (1981)



Texto 22. *Amar como se aman las personas de la Trinidad*¹

1. La experiencia personal de estar habitados por el amor de la Trinidad

Cuarto grado² de amor al prójimo: amar al prójimo como se aman las tres Personas de la Trinidad. Somos la Casa de Dios y la puerta del cielo. La embajada del cielo en la tierra, que nos dispone como embajadores en todo el mundo. Tenemos el cielo en casa y todo el amor de la Trinidad. La fuente de toda santidad brota y mana en nosotros mismos. En nosotros tienen la desembocadura y confluencia los tres manantiales de Amor que mantienen y abastecen de amor a todas las generaciones en los cinco continentes. Bastaría no cerrarse a las aguas que nacen incesantemente y saltan para vida eterna, alimentando ríos de agua viva, que irrumpen de nuestras entrañas por toda la tierra³.

2. La fundamentación bíblica del amor trinitario en nosotros

«No ruego solo por estos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí» (Jn 17,20-23).

Este cuarto grado de amor no hubiera sido comprendido por sus discípulos, menos preparados y sobre todo, faltos de la luz del Espíritu. Por eso, más que dirigirse directamente a sus discípulos, Jesús se pone en ferviente oración ante el Padre. En efecto, por la gracia del Bautismo pasamos a ser familiares de Dios, «participantes de su misma naturaleza» (cf. 2P 1,4). Por lo que somos «linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz» (1P 2,9). Ciertamente, por nuestras venas corre la savia divina, la sangre de Jesús, el Amor que es Vida, la Vida misma de Dios Uno y Trino. Es el amor mismo que une, relaciona y constituye la esencia misma de cada una y de las tres Personas divinas en la misma esencia y naturaleza.

Conociéndose, el Padre engendra, proyecta su misma imagen en el Hijo. Y amándose el Padre y el Hijo, del amor de ambos procede el Espíritu Santo. Tres Personas igualmente perfectas, igualmente infinitas en todas las perfecciones, distintas entre sí, pero sin diferencia ni distinción en su esencia y naturaleza, que es el Amor eterno que inseparablemente las une. A imagen misma de la Trinidad fundaría Jesús la Iglesia, su Cuerpo Místico, con la misma ley de vida y comunión vital: el Amor mismo que une a la Trinidad y que constituye su ser y

¹ Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 9b, pp 7-9. Siete Aguas, 7 septiembre 1981. Tema retomado de la tanda de Ejercicios anterior, correspondiente al 11 agosto 1981. Las segmentaciones del texto y notas del editor se indican con la letra redonda, mientras la letra cursiva se reserva para el texto de Jaime, tal como consta literalmente en su *Manuscrito*. En las notas se indica con exactitud el inicio de cada página del *Manuscrito* y algunas variantes útiles para la edición crítica.

² Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 9b, comienzo de la página 7.

³ Texto escrito en margen, p 7.

existir: «Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos» (Ef 4,4-6). «Os exhorto, pues, -dice Pablo- yo, preso por⁴ el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz» (Ef 4,1-3).

3. Los retos y desafíos para ser transparencia de la Trinidad que nos habita

Es este Amor mismo constitutivo del ser, existir y actuar de la Trinidad el que constituye nuestro propio ser divino, vida eterna de la que participamos y es la misma Trinidad, inseparablemente unida, la que se autodona juntamente con su Amor a cada uno de nosotros por el don de su gracia, formando de todos uno. Cualquier separación, ruptura o división entre nosotros rompería el amor de Dios en nosotros y dejaría marginada la presencia de la Trinidad. Por esto, solo el amor mutuo de Dios entre nosotros, la unión en el amor de Cristo constituye el signo propio, el santo y señal de nuestro cristianismo vivo: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (Jn 13,35). Es este amor con que permanecen eternamente Uno las tres Personas de la Trinidad. Y que no consiente, no se aviene⁵ con separación, división, envidias, diferencias, acepción de personas de ninguna clase.

Por lo mismo, pide Jesús esta misma unidad, para que el mundo crea que nos ha sido enviado y que permanece en nosotros. Pues la única prueba de que le hemos aceptado, que le seguimos y somos sus discípulos, es la unión en su amor entre nosotros mismos. Sin este amor mutuo nada somos, es el antitestimonio más fuerte y la negatividad máxima del cristianismo. Tal es el objetivo de la comunidad, célula privilegiada de la Iglesia, Cuerpo de Cristo y expresión, sacramento vivo de la Iglesia, micro Iglesia, micro Cuerpo de Jesús, célula vitalizadora en la Iglesia universal, salvación de la misma Iglesia, de la que es luz y sal, instrumento de Redención.

4. El amor comunitario, sacramento del amor trinitario

A tal unidad se encamina totalmente el sacramento de la Eucaristía para constituir la comunión. Tal es la actitud, disposición y entrega de Jesús en la Eucaristía y su anonadamiento diario a los pies y al corazón de cada uno, para comunicarnos y unirnos en su mismo amor. Sin⁶ este amor de Cristo, real, visible y palpable, pierde toda su razón de ser la comunidad. Más bien se convierte en el mayor inconveniente, escándalo y confusión. Lo más lejano al ser de Dios y de su Reino, Reino de paz, de justicia y de amor. Lo más opuesto a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, cuya alma es el Espíritu Santo, el amor entre el Padre y el Hijo y cuyo primer fruto del Espíritu en nosotros es precisamente este mismo amor. «Si no tengo amor, nada soy» (1Cor 13,2).

Si no amo estoy muerto, si no amo soy un asesino, nos recuerda Juan en su primera carta (cf. 1Jn 3,14-15). Lejos de ser amigo de Jesús, me convierto en un deicida, fratricida y suicida, pues la única vida existente entre todos y cada uno es el Amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús. Este mismo amor de la Trinidad, que es el mismo que Jesús nos manifiesta y nos da, es el que hay que salvar a toda costa, adquirir y conservar a cualquier precio. De ahí la entrañable exhortación de Pablo: «Así pues, os conjuro en virtud de toda exhortación en Cristo, de toda persuasión de amor, de toda comunión en el Espíritu, de toda entrañable compasión, que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad» (Flp 2,1-8). «Servíos

⁴ Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 9b, comienzo de la página 8.

⁵ Literalmente: compadece.

⁶ Cf. J. Bonet, *Manuscritos*, Cuaderno 9b, comienzo de la página 9.

por amor unos a otros. [...], imirad no vayáis mutuamente a destruiros! Por mi parte os digo: si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne» (Ga 5,13-16).

Yo diría que la comunidad así, ideal, no es la que está constituida por miembros que se respetan, se miran y tratan de no ofenderse, sino los que se aman con exigencia, revisan su vida personal y comunitaria y miran todos -más que uno al otro- en la misma dirección y apoyan todos la misma causa; esto es: el crecimiento de Cristo, primero en la comunidad y después fuera de ella⁷.

5. El don de crear hogar y ser madre de una descendencia innumerable

Mi primera parcela es la comunidad, mi hogar propio. Jesús me establece el hogar que a Él le agrada. Con amor eterno lo prepara... me predestina desde siglos. ¡Qué pocas veces acepto mi hogar, qué pocas lo cuido! ¿Qué hogar es el mío? Siempre en el hogar vecino. ¿Dónde está mi corazón? Pocas veces la esposa abandona el hogar. Mucho menos la madre abandona el hogar. ¡Cuánta orfandad! Dicen los Profetas: se prostituyeron en todas las encrucijadas, con todos te detenías. ¿Dónde tus horas? ¿Dónde tu corazón? ¿Dónde tus amores? ¡Pero tu hogar de cada día...! Y así acabarán tus días: de hogar en hogar, menos en tu hogar por el cual decías haber renunciado a todos. Y ahora, a lo que renuncias es a tu Hogar. La prole era numerosísima, una descendencia innumerable. La descendencia de cada persona escogida de tu grupo. «Las cuerdas te asignaron una suerte, parcela única». Ruego por ellos y por los que mediante su palabra crearán. «En herencia las naciones, en posesión los confines de la tierra».

II. Pautas de oración-reflexión-diálogo

1. ¿Cómo sería mi vida sin esta rica experiencia de ser hogar de la Trinidad?
2. ¿Qué pasajes de la Escritura necesito volver a orar y asimilar?
3. ¿Qué preciso descartar para ser una morada digna de la Trinidad?
4. ¿Pongo en mi comunidad calor de hogar, como la Trinidad lo pone en mí?
5. ¿Amo con amor trinitario la prole numerosísima que se me confía?

III. Recuerda...

«Tenemos el cielo en casa y todo el amor de la Trinidad».

«La fuente de toda santidad brota y mana en nosotros mismos».

«Pasamos a ser familiares de Dios, participantes de su misma naturaleza».

«Ciertamente, por nuestras venas corre la savia divina, la sangre de Jesús, el Amor que es Vida, la Vida misma de Dios Uno y Trino».

«Es este Amor mismo constitutivo del ser, existir y actuar de la Trinidad el que constituye nuestro propio ser divino».

«Sin este amor mutuo nada somos; es el antitestimonio más fuerte y la negatividad máxima del cristianismo».

«Sin este amor de Cristo, real, visible y palpable, pierde toda su razón de ser la comunidad».

«Este mismo amor de la Trinidad es el que hay que salvar a toda costa, adquirir y conservar a cualquier precio».

«El crecimiento de Cristo, primero en la comunidad y después fuera de ella».

«Pocas veces la esposa abandona el hogar. Mucho menos la madre abandona el hogar».

«En herencia las naciones, en posesión los confines de la tierra».

⁷ Texto escrito en margen, p 9.